

vino con
os mues-
ones tri-
pueden
esos que
pueden
higiene
Y al ca-

insoluble,
l salvaje
ás digno

ientos y
ente gra-
s, ya no
odaba la
de me-
bing-car.
ana y li-
la gente
más en-
oció el
che. En
omoción
erciope-
n tercer
cios de
he para
opiano.
superio-
crecido.
en arre-
ros: ha-
estaba á
dina, á
cena; la
dos. Se
oras del
inados
casa el
es más
stos los
lo im-
r. Algo

cio do-
se que-
do; que
a de la
olores
cunda,
de sa-
abitu-
an de
os que
labor y
e abu-
o fue-
urren:
cho ó
la co-
lmen-

placer
corrup-
vez en
ra ó á
in co-
ajurar
lo de

, por-
dera-
ríquid-
mpira-
da su
ovias,
a bro-
ma-
hier-
dis-
nada
á su
pone

os de
as so-
o en
a tie-
e las
de la
N.

se gastó en legalizar uno de ellos, con la firma de tres notarios, que á ninguna hora del día querían firmar. No era, sin embargo, asunto en que se atravesase interés alguno: una mera fórmula, que debía, por su índole especial, estar simplificada hasta lo sumo. Y, al cabo, la señora de mi cuento decidió renunciar á la fórmula, porque el tiempo apremiaba y se le seguiría perjuicio. ¿Por qué no existe, en cada ministerio, un formulario, un librito que podría venderse bien y y ser hasta un negocio, que explicase claramente los «pasos» que requiere cada circunstancia? Porque la indagación de lo que es preciso hacer, cuesta ya un mes ó mes y medio. Y allá van el tiempo, el dinero, la paciencia.

Son innumerables los autores, verbigracia, que no inscriben en el Registro de la propiedad intelectual sus obras, por no afrontar los formulismos; por no ir y volver y volver á ir. También tiene sus dificultades eso de demostrar que una obra la ha escrito el que la ha escrito, y pertenece á quien pertenece. En cambio, era facilísimo al editor distraído ó poco escrupuloso inscribirla bajo su nombre, como propietario. No se le exigía documento alguno probante de que, en efecto, poseía la absoluta propiedad de la obra, y no únicamente la de una ó varias ediciones. De aquí surgían litigios, pues el autor, verdadero dueño, era el obligado á justificar su derecho. El del usurpador se hallaba ya garantizado por la ley. Creo, repito, que esto se ha modificado y que en el día el editor tiene que presentar documentos en que fundamente la propiedad absoluta. He aquí una cosa que parece lógica: mientras no se demuestre lo contrario, el dueño de un libro es el que lo ha escrito. La ley, no obstante, no entendía de estas lógicas, y facilitaba el despojo.

Y el derecho de los autores á inscribir sus obras no debiera estar sujeto á tantas cortapisas, ni caducar, excepto cuando ha transcurrido ese plazo en que entran en el dominio común. Hay que sentir algún respeto hacia el hombre que escribe y publica un libro, y facilitarle cuanto con este acto se relaciona. Harto inútil, hartos costosos para él será, en la mayoría de los casos, el haber tenido semejante ocurrencia, para que además la ley no le asegure, siquiera, la quieta y pacífica posesión de lo que, de cien veces noventa y nueve, no le sirve de nada. Por otra parte, en interés de las propias oficinas y de los oficinistas sería ventajoso que todo se simplificase. Una sensación de bienestar se produce siempre que damos aceite á las herrumbres de la vida. ¡Es ya tanto lo que hay que hacer! Abreviemos...

Continúan las desgracias de aviadores. No hay semana, no hay día en que no se registre alguna. Ya la gente no se preocupa de esos dramas icarinos. La compasión, la emoción, se gastan. Los periódicos les dedican menciones escuetas. Los toreros heridos, barrenados, perforados, les disputan el interés de la prensa, y les vencen. El último ensarte del último torero—¿cómo se llamaba? ¿Almendrito, Espaderito, Coscojito?—ha provocado más exclamaciones de lástima que el último escalfamiento de aviador (se llamaba Chavez)—Y cuenta que este último aviador ha realizado una proeza nunca antes intentada: ha pasado los Alpes, ha superado á las águilas...

He ahí dos maneras bien distintas de ponerse al peligro: la del torero y la del Ícaro; la de la tradición y la del modernista. ¿Cuál de ellas pide más valor?

Yo votaría siempre en favor del heroísmo de los Ícaros. La tierra es nuestro elemento, y cuando nos salimos de ella, realizamos una hazaña. Para verse alzado en el aire y no perder la sangre fría, hay que tener pelos en el corazón. Pero la muchedumbre sigue profesando un respeto frío (cuando no una hostilidad que se demuestra á pedradas) al aviador, y en cambio, dedicando al torero el más idolátrico de los cultos. Vicente Pastor acaba de ser sacado en hombros del coliseo taurino, por una multitud enloquecida de entusiasmo. Acababan de darle el premio Nobel ó sea la oreja. ¡Ahí es una friolera! ¡La segunda oreja que se otorga en la Plaza de Madrid, desde no sé cuánto tiempo ha!

Así es que le pasaron en triunfo. Ovación delirante, no obtenida por ninguno de los maestros que han cautivado á varias generaciones, desde los tiempos, ya semiheroicos, del Tato y Cúcharas. Con esta ovación, esta tarde venturosa, Pastor se ha colocado delante de sus rivales, los Machacos, los Gallos, los Bombas... Y ya tiene abierta la curva de desarrollo de su porvenir: ya están seguros para él los millones, el retiro sosegado á su hora, con previo corte de coleta y adquisición de dehesa boyal, y chalet en donde retirarse á hacer vida feliz, rodeado de numerosa prole y acompañado de amigos, de esos amigos lea-

les que surgen alrededor de las celebridades taurinas... Todo ello, si antes un cuerno traidor no le rasga las entrañas.

El cólera sigue amagando, pero contenido, no sé si por las medidas higiénicas, ó por la proximidad del invierno. Sin embargo, la epidemia asoma, de vez en cuando, su feo rostro amarillo, por aquí y por allá, como avisando de que, el año próximo, volverá armada de todas armas, dispuesta á arrollar á los que se le opongan. Ahora parece que se ha presentado en Córcega, en esa Córcega que seguimos representándonos semibárbara, y que lo será, de fijo, si me atengo á noticias no muy antiguas recogidas de boca del príncipe Roldán Bonaparte. ¿Cómo higienizar á Córcega? Es verosímil que los montañeses se rían á mandíbula batiente de los tiquis miquis modernos, de los microbios patógenos y de toda su casta. Y el cólera, en los países que conservan la sencillez de las primitivas costumbres, encuentra el terreno perfectamente abonado y preparado. Y se desarrolla, como se desarrolló en nuestros pueblos viejos y sucios, allá á mediados del siglo XIX, con fulmínea intensidad y violencia.

También alarma la noticia de que en Marsella han aparecido casos. Marsella es un puerto de actividad asombrosa, que recuerda los grandes puertos fenicios de la antigüedad; pero ¡ay!, el puerto de Marsella tiene de todo, menos de limpio. Sus mismas aguas son turbias y fétidas, y flotan en ellas toda clase de despojos, lo que el comercio y el tráfico arrojan de sí, en la batalla diaria, por el lucro y la ganancia, con el sudor. Las calles de Marsella dejan infinito que desear en cuanto á pulcritud. Verdad que lo propio sucede en toda Francia, que decae mucho en este terreno, con relación á lo que era hace algunos lustros. Entonces, otras naciones no habían extremado las campañas de higienización y salubridad; no eran citadas como modelos Suecia, Noruega, Dinamarca; no había cundido este afán de confort que ya llega hasta España, hasta la estoica España, envuelta en sus pintorescos andrajos dorados y tostados por el «bermejazo platero de las cumbres...» Y Francia gozaba fama de peripuesta, de atusada, de aseada, de coquetona. Coquetona, sigue siéndolo; pero aseada...

La última vez que estuve en París, hace año y medio, tuve ocasión de observar que en hoteles de primera, ó al menos de segunda, como el del Louvre, á pesar del lujo de dorados y del brillante reflejo de la plata inglesa en el comedor, las habitaciones distaban de encontrarse en aquel estado de pulcritud que requiere la más elemental aspiración moderna. Debajo de las camas, que nunca se mueven, porque están fijas y sus largueros llegan al suelo, hay verdadera inmundicia. Se aseá allí lo que se ve, pero lo que no puede verse, lo que no quita ni pone á la apariencia escénica, á eso no se le toca, y, lentamente, Francia se descuida, como las mujeres cincuentonas que ya no aspiran á infundir amor, ó que, aspirando, se pintan la cara sin primero lavársela y frotársela cuidadosamente...

Y que el confort se nos mete por las puertas, parecen demostrarlo las descripciones que se hacen del nuevo hotel Ritz, en Madrid. Los periódicos cuentan y no callan, del lujo, elegancia y refinamiento de ese establecimiento ultramoderno y ultrachic, que viene á «mojarles la oreja» á los del extranjero...

Yo detesto, más cada día, el hablar de memoria. No habiendo visto todavía el hotel Ritz, no diré de él sino que el reclamo que se hace es gigantesco, y el aparato y solemnidad de que se ha rodeado su inauguración, extraordinario. Si el hotel, sus comodidades y ventajas, precios y demás, responden á tantos elogios, es cosa que averiguaré cuando llegue á Madrid. Y entonces, con conocimiento de causa, escribiré sobre ese hotel que ha venido á «llenar un vacío» y á enorgullecer á la corte, poco menos que la asendereada Gran Vía.

Sin género de duda, el hotel Ritz hacía falta. Pero acaso sea más necesaria aún que una cosa de tanto «tronfo», una Sociedad que funde, en toda población española algo curiosa ó importante, una serie de hoteles baratos, modestos, limpios al estilo del país, en que se coma cocido y sopa de fideos, alimento sano y sólido, y no esas salsas color rosa, esas bechamelas con manteca rancia, esos «bistés» de suela y todo ese angustioso y zafio remedo de la cocina francesa, que, como sucede siempre con la parodia, subleva la razón..., y el estómago.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Dice con acierto, Max Nordau, en uno de sus libros, *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, que es increíble lo que hay que hacer para demostrar una cosa tan sencilla y tan de suyo evidente como el mero hecho de que hemos nacido... El papaleo que la cosa requiere—multiplicado por cien—lo demanda otro hecho también sencillo y corriente: el de casarse. Y yo no diré que se pueda prescindir de estos expedientes y formulismos; sólo digo que mucha gente del pueblo, por librarse de ellos, suprime la parte legal del hecho y deja únicamente la natural...

Por lo menos, debieran facilitarse los trámites. Facilitarse todo lo posible. El despacho, rápido. Las tranquilas, suprimidas. Hay que darse cuenta de lo que representa, para un hombre del campo, para un analfabeto, el papel. Es cosa maléfica, pernicioso, terrible. Es, sobre todo, cosa que no se entiende. ¡Tanta certificación, tanta firma, tanto sello! Y algunas asociaciones benéficas haciéndose cargo de esta dificultad, se brindan á correr con «sacar los papeles.» Pedidle á un aldeano que sude mañana y tarde encorvado sobre el terruño; no le pidáis que maneje documentación prolija, enojosa, misteriosa, hasta para las personas ilustradas. ¡Tiene que demostrar tantas cosas, antes del casamiento! Y, hartos de requisitos, á veces se limita á demostrar sólo uno. Y surgen las uniones sin sanción; lo que el pueblo de Madrid, en su gráfico estilo, llama «arrimarse.»

No sé si es ilusión creer que cabe activar un poco, dar aceite á estos mecanismos herrumbrosos de las oficinas. Para la menor cosa, son dilaciones y prolijidades que no tienen fin. Los ciudadanos estarían en su derecho al exigir mejor servicio, ya que pagan. Luis Taboada, con su gracia ingénita, ha contado la odisea de un infeliz, peregrinando de oficina en oficina para obtener la legalización de un «papel.» ¿Quién no recuerda en su vida episodios análogos?

Hace poco, me refirió una amiga un caso, no extraño ni sorprendente, pues pienso que, al contrario, debe de ser lo general. Tratóbase de un documento, una autorización. Dos exministros «del ramo» y dos funcionarios expertos del propio ramo también, no supieron decir á la solicitante en qué forma debía redactar la solicitud. O, por mejor decir, la informaron al revés, con lo cual se perdió tiempo largo en hacer y deshacer, en enmendar y volver á empezar lo equivocado. Para remitir los comprobantes, una semana